



bam
bú

**Encuentro
en Rusia**
Lauren St John


LOS **MI**STERIOS DE
LAURA MARLIN

Editorial Bambú
es un sello de Editorial Casals, SA

Título original: *Rendezvous in Russia*

© 2013, Lauren St John, por el texto
© 2015, Arturo Peral Santamaría, por la traducción
© 2013, David Dean, por las ilustraciones del interior
© 2015, Allan Rabelo, por la ilustración de la cubierta
© 2015, Editorial Casals, SA, por esta edición
Casp, 79 – 08013 Barcelona
Tel.: 902 107 007
editorialbambu.com
bambulector.com

Diseño de la colección: Estudi Miquel Puig

Primera edición: febrero de 2015
ISBN: 978-84-8343-370-6
Depósito legal: B-27632-2014
Printed in Spain
Impreso en Anzos, SL
Fuenlabrada (Madrid)

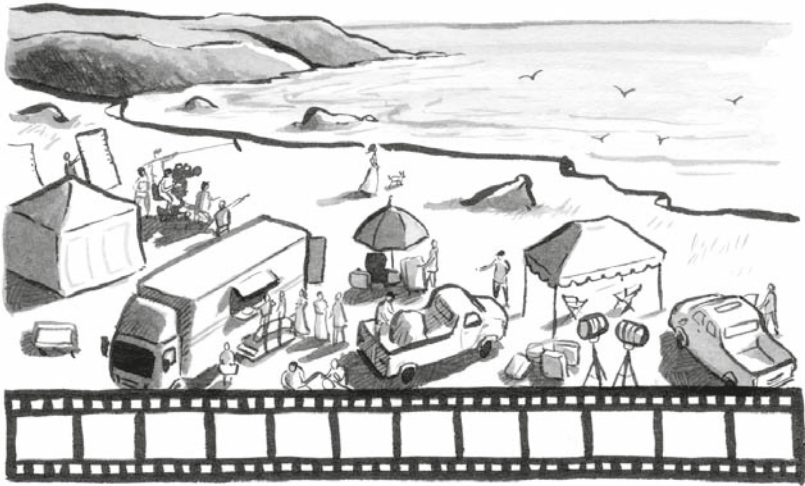
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

**ENCUENTRO
EN RUSIA**
Lauren St John

Traducción
Arturo Peral Santamaría

Ilustraciones
David Dean

**bam
bú**
EDITORIAL



–¡CORTEN! –gritó el director–. ¡Corten, corten, corten!

Era un hombre chupado con entradas. Sus minúsculas gafas redondas, colocadas en lo alto del puente de la afilada nariz, le conferían el aspecto de un cuervo preocupado. Azotado por el viento del mar y con el rostro congestionado, se precipitó como un energúmeno sobre el desafortunado adiestrador, que, acongojado junto al set de rodaje, no sabía dónde meterse. Los actores y los diversos empleados se apartaron de su camino.

–¡Imbécil! ¡Pedazo de zopenco! ¿Y tú te haces llamar adiestrador de animales? No podrías enseñarle

a comer queso a un ratón. No podrías enseñarle a pastar a un caballo. No podrías enseñar a volar a un pájaro, ni a atrapar un antílope a un guepardo, ni a nadar a un pez. ¿Qué te dije ayer, Otto? Por decimoquinta vez, te pedí que me trajeras un perro que me guste, un perro con carácter, un perro que consiga que en los cines del mundo entero el público grite de alegría y, en la siguiente escena, esté sonándose los mocos. ¿Y tú qué haces? Traes un galgo con la capacidad de atención de una carpa. Y, antes de ese, me vienes con un golden retriever obeso tan perezoso que no hacía ni un solo truco, pero, eso sí, con energía de sobra para engullir tres bandejas de bocadillos de salmón en la unidad de cáterin. Por no hablar del border collie raquítrico, el spaniel desquiciado y el bull terrier que casi le amputa la mano a la actriz de reparto. Menos mal que a la pobre le encantan los animales, porque nos podría haber puesto una demanda que habría arruinado el estudio. –Meneó el puño y añadió:– Te doy la última oportunidad, amigo. Si el próximo chuco que me traes no es capaz de ganar un Óscar, estás despedido.

Una multitud se había reunido tras las cuerdas que evitaban que los mirones accedieran al set de rodaje. La mujer que estaba junto a Laura alzó la vista.

–¡Ay, madre! Si la próxima escena sale mal, me temo que Brett desaparecerá por combustión espontánea. Supongo que no has pensado en ofrecer a tu perro para este papel, ¿verdad? Es un animal de aspecto extraordinario. Casi como un lobo, pero más amable. Cualquiera se enamoraría de él.

Laura se iluminó de orgullo. Abrazó a Skye, su husky siberiano de tres patas. El rabo del perro se agitó con frenesí.

–Le sorprendería. Creo que es el perro más alucinante del planeta, pero...

–Yo pienso lo mismo –dijo Tariq, su mejor amigo.

–¿Pero qué? –preguntó la mujer, que, a pesar de la sencillez de sus pantalones vaqueros y su camiseta azul pálido, tenía la pose y los rasgos fotogénicos de una actriz.

–Bueno, creo que Skye es perfecto, pero no todo el mundo opina lo mismo –respondió Laura–. Su director parece bastante quisquilloso. Si no ha podido ni ver a un retriever gordinflón, dudo que quiera saber nada de un husky de tres patas.

La mujer rio.

–Oh, no hagas caso a Brett. Es un fanfarrón. En el fondo es todo un personaje. Tiene muchísimo talento... Es uno de los mejores directores de Hollywood. Esta película ha despertado una gran expectación.

Llevamos rodando solo una semana, y ya se está hablando de premios.

–¿Cómo se titula? –preguntó Tariq. Laura y él estaban exultantes desde que descubrieron, el primer día de sus vacaciones de verano, que de un día para otro habían montado un decorado para una película en las afueras de St Ives, la ciudad costera donde vivían. Habían empezado la mañana con algo especial: un desayuno en el café Sunny Side Up. Pero en cuanto engulleron el último de los deliciosos bocaditos que habían pedido, rogaron al tío de Laura que los dejara ir a los acantilados para ver el rodaje.

–Pero nada de escaparse a Hollywood, ¿entendido? –había bromeado Calvin Redfern mientras se alejaban.

–La película se titula *El ladrón aristocrático* –explicó la mujer–. Está ambientada en el siglo XIX y trata de un hombre rico, famoso y respetado en las más altas esferas del país que roba un cuadro de valor incalculable en el Museo del Hermitage de San Petersburgo, en Rusia. Seguiremos rodando allí.

–Si está ambientada en Rusia, ¿qué hacen en Cornualles? –quiso saber Laura.

–Estamos filmando la parte inglesa. En la historia, la protagonista infantil es una huérfana procedente de una preciosa ciudad junto al mar. Tiene un

perro al que adora. La mascota interpreta un papel clave en la película, y por eso es un desastre que tengamos tantos problemas para encontrar al perro adecuado. –La mujer sonrió y añadió:– No me he presentado. Me llamo Kay Allbright.

Laura le dio la mano.

–Yo soy Laura Marlin, este es Tariq, mi mejor amigo, y este es mi husky Skye. ¿Le importa que le pregunte si es usted actriz?

–Lo fui. Hace mucho tiempo. Pero ahora tengo el trabajo de mis sueños. Soy guionista. Me encargo de investigar y escribir la película. Es estimulante y a menudo frustrante, pero me apasiona.

Skye se puso tenso. Fijó los ojos azules en el adiestrador, que entró en el escenario con un perro pomerano que no dejaba de ladrar. Laura lo agarró con firmeza del collarín.

–Pórtate bien, Skye –le regañó–. Ya has desayunado.

Detrás de las cámaras había un campamento lleno de tiendas y caravanas, una de las cuales era el servicio de cáterin, que tenía un toldo a rayas rojas y blancas. La puerta de la caravana más grande se abrió, y por ella salió una niña de entre doce y trece años, de largos cabellos dorados, que llevaba un harapiento vestido de muselina blanca. Su ceño

fruncido transmitía un aburrimiento que estropeaba su sorprendente belleza. Afortunadamente para el adiestrador de perros, aquella expresión desapareció en cuanto vio al pomerano.

–¡Oh, qué monada de perro! –exclamó con acento norteamericano–. ¿Cómo se llama?

–Se llama Britney y es hembra –respondió el adiestrador, con aire aliviado–. Es toda una actriz. Le encanta que le presten atención. Tenía que haberla traído desde el principio. ¡Si hasta tenéis el mismo color de pelo!

–Esa es Ana María Tyler. Ella interpreta el papel protagonista de la niña huérfana –susurró Kay a Laura y Tariq–. Apenas ha llegado a la adolescencia y ya tiene cinco películas en su haber. –Y, bajando la voz, añadió:– Y un genio de aúpa.

El director entró en el set dando zancadas.

–¿Esto es lo mejor que tienes, Otto? ¿Una pomerana? Necesito garra. ¿Cuántas veces quieres que te explique que nos hace falta un perro capaz de salvarle la vida a una niña y de detener a un archivillano? Este no podría asustar ni a un canario.

Ana María hizo un puchero y apretó a Britney contra su pecho.

–Sí, pero con esta perrita a la audiencia se le caerá la baba, y dijiste que eso también era importante.

–Cierto –reconoció Brett–. Totalmente cierto. De acuerdo, vamos a darle a la señorita Britney una oportunidad. Suéltala para que Otto pueda colocarla en su sitio. Equipo, todos a sus puestos. ¿Preparada, Ana María? ¡Acción!

Las cámaras empezaron a rodar. Mientras Laura y Tariq se inclinaban hacia delante llenos de interés, un gruñido grave empezó a retumbar en la garganta de Skye. Laura lo tranquilizó con una mano al tiempo que con la otra sujetaba con más fuerza el collarín. Al parecer, el perro veía a Britney como un aperitivo de lo más apetitoso.

Ana María paseaba por el acantilado bajo la luz del sol, admirando las vistas del mar resplandeciente. La pomerana esperaba junto a Otto, oculta a la vista. Ana María se inclinó a recoger flores silvestres entre la hierba mecida por el viento. Una de ellas, una amapola, no estaba del todo a su alcance. La niña se acercó algo más al borde y se inclinó hacia la planta.

Laura sabía que no era más que una actuación, pero solo con mirarla se estaba poniendo de los nervios.

Cuando los dedos de Ana María alcanzaron la amapola, se oyó un horrible restallido. La sección del acantilado en la que estaba arrodillada se desin-

tegró de repente, y la niña salió catapultada por el barranco, profiriendo un grito de terror.

Laura chilló sin querer.

–Tranquila –murmuró Kay–. Forma parte de la escena. Ha caído en una plataforma muy segura que hemos construido expresamente para esta toma. Además, hay una red más abajo por si algo sale mal.

–Espero que las hayan sujetado bien –observó Tariq preocupado–. Si llegara a caerse, seguro que se mataría. Acabaría estrellándose contra las rocas o ahogándose. Las corrientes aquí tienen una fuerza increíble.

Laura no pudo reprimir un escalofrío. Tariq lo decía por experiencia. Apenas seis meses atrás, los dos habían estado a punto de morir en la Cala del Muerto, a un tiro de piedra de donde estaban ahora. Todavía recordaba la fuerza con la que el mar tiraba de ella, intentando arrastrarla a las oscuras y heladas profundidades.

Ana María se aferraba al borde rocoso con los dedos.

–¡Socorro! –gritó–. ¡Socorro!

Britney, la pomerana, avanzó por lo alto del acantilado, ladrando con todas sus fuerzas. Su papel era acudir junto a Ana María, comprender que había un problema y correr en busca de ayuda. Al menos ese era el plan.

Lamentablemente, nadie le había dicho eso a Skye. El husky observó a Britney brincar como un conejo entre la hierba alta, se zafó de Laura y se lanzó tras la perrita.

Laura se llevó las manos a la boca, horrorizada. No se atrevía a llamar a Skye mientras las cámaras rodaban, pero ¿qué otra cosa podía hacer para detenerlo? Kay y Tariq también se habían quedado helados. Ya solo podían asistir al desastre.

Cuando Britney se aproximaba a la actriz, que seguía gritando, un sexto sentido la avisó de que el peligro se acercaba. Desvió la mirada y emitió un gáñido al ver al husky abalanzarse sobre ella. Comprendió que le era imposible escapar, así que decidió saltar desde el acantilado y aterrizó en la plataforma que servía de apoyo a Ana María.

—¡Ay! —gritó Ana María cuando las uñas de Britney se le clavaron en la mano. La niña se soltó. En principio, no importaba, porque se encontraba de pie sobre una plataforma de madera bastante ancha que estaba pintada con maestría para camuflarse con las rocas y era invisible para las cámaras. Por desgracia, la sacudida en la madera hizo que los anclajes que la unían a la piedra se aflojaran. Solo se desplazó un par de milímetros, pero bastó para que Ana María perdiera el equilibrio y estuviera a pun-

to de caerse. Esta vez lanzó un grito aterrador que nada tenía que ver con su actuación.

–¡CORTEN! –vociferó el director, pero nadie pareció oírlo.

–¡Skye! –chilló Laura–. ¡Skye!

Se metió por debajo de las cuerdas y corrió hacia el borde del acantilado, seguida por Tariq y Kay. El caos se extendió por todo el set de rodaje.

–¡Haz algo! –le gritó Brett Avery al coordinador de especialistas–. ¿Para qué crees que te pago? Baja a buscarla. Llama al guardacostas, a los bomberos, llama a la reina si hace falta, pero pon a mi estrella en suelo firme. –Se asomó con cautela por el acantilado y dijo:– Ana María, cariño, hagas lo que hagas, no mires abajo.

Inmediatamente, Ana María dirigió la mirada hacia el mar, que se agitaba a los pies del precipicio, bajo la plataforma, y empezó a gritar con más fuerza. La pomerana gemía y lloriqueaba.

El encargado de los especialistas intentaba ponerse un arnés de escalada mientras ordenaba a su asistente que buscara una cuerda a la que la actriz pudiera agarrarse hasta que llegara a su lado. La madre de Ana María, que había aparecido de ninguna parte, contribuía al barullo con llantos y amenazas de demanda.

El peso de la gente que se congregaba en lo alto del acantilado hizo que el borde inestable se soltara todavía más. Esto provocó una lluvia de grava que cayó sobre Ana María y la perrita pomerana. Britney ladraba como loca. Ana María, hecha un flan, no paraba de llorar.

–¿Por qué demonios tardas tanto? –vociferó el director. Pero el coordinador de especialistas no contestó; miraba el arnés con gran confusión.

–No lo entiendo –mascullaba–. No lo entiendo.

–Algo va mal –le susurró Tariq a Laura mientras los adultos empezaban a discutir–. Parece que se le ha perdido algo.

Ana María emitió un grito que podría haber hecho añicos una luna de cristal. El viento estaba arreciando y amenazaba con lanzarla por el acantilado.

El asistente llegó a la carrera con otra cuerda.

–Agárrate a esto con fuerza –ordenó a Ana María–. Tranquilízate. Una lancha de salvamento viene de camino, y debajo está la red de seguridad, así que en realidad no corres peligro.

Las palabras apenas habían salido de su boca cuando ocurrió la tragedia. Una ráfaga de viento lanzó a Britney al vacío. Ana María, que por entonces se aferraba desesperadamente a la cuerda, no se dio cuenta de que la pomerana había caído hasta que el

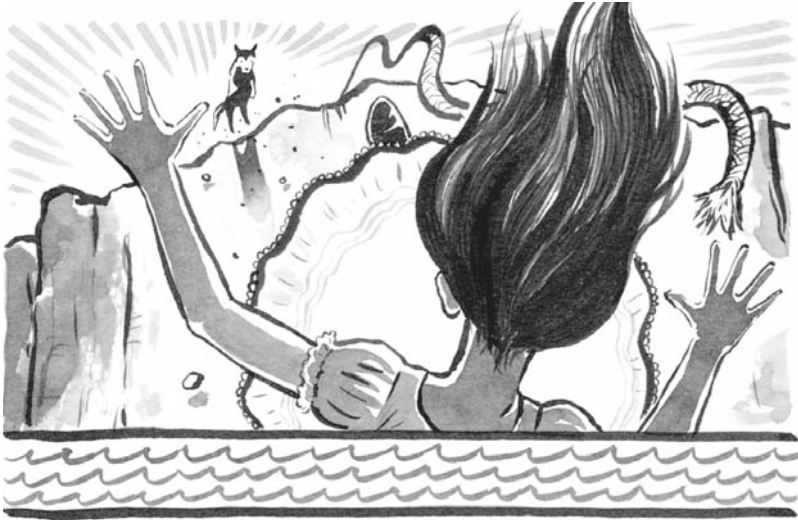
cuerpo peludo de Britney pasó volando a su lado. La perrita cayó al agua y se agitó un poco antes de desaparecer bajo las olas. Para Ana María, que ya estaba petrificada, la impresión fue tal que las piernas le fallaron y quedó suspendida en el vacío más allá de la red de seguridad.

El coordinador de especialistas estaba desesperado.

–¡Aguanta, Ana María! –vociferó, mientras la actriz giraba en el extremo de la cuerda y rebotaba de vez en cuando contra la fachada del acantilado–. Vamos a subirte. Por lo que más quieras, no te sueltes.

Pero, por más que lo intentaba, Ana María no tenía fuerzas para obedecer. En cuanto dieron un tirón a la cuerda, sus manos se escurrieron y se precipitó al vacío. Alcanzó las burbujeantes olas y desapareció.

–Eso –dijo Kay– no estaba en el guion.



La madre de Ana María, que era colombiana y, por decirlo de un modo suave, muy impresionable, se desmayó. El director se arrodilló y parecía estar rezando. Otto, el adiestrador de animales, estaba tan fuera de sí que se había arrancado por lo menos la mitad de los veintiséis mechones de pelo que le quedaban.

Puesto que los humanos estaban sumidos en el cataclismo, quizá no resultara sorprendente que el husky fuera el primero en reaccionar. Antes de que Laura pudiera asimilar lo que estaba ocurriendo, Skye se zafó de ella, dio tres zancadas rápidas y saltó desde el acantilado.

–¡No, Skye! –gritó Laura, pero era demasiado tarde. Se alzó una columna de espuma y, después, el océano lo engulló por completo, igual que había hecho con Ana María y la pomerana–. ¡Skye! –siguió vociferando, a la vez que decenas de personas empezaban a llamar a Ana María y una sola voz reclamaba a Britney–. ¡Skye! Que alguien llame a los socorristas. Tengo que bajar. Tengo que salvarlo.

–Creo que es un poco tarde para eso –anunció con crueldad Jeffrey, el director de producción–. Para cuando hayamos rescatado a Ana María, tu mascota será pasto de los peces. Lo siento, pero así son las cosas.

Tariq era un muchacho apacible, pero le lanzó la mirada más asesina que pudo y replicó:

–No le hagas caso, Laura. Skye es el perro más listo del mundo. No habría saltado si pensara que no lo lograría.

Kay gritó incrédula.

–¡Laura, mira!

Cien metros más abajo, Skye había emergido y nadaba con fuerza. Llevaba en la boca un pedazo de tela blanca. Había tanta espuma que pasaron varios segundos antes de que quedara claro que era el vestido de Ana María y que la actriz semiinconsciente estaba dentro. A contracorriente, el perro nadó has-

ta las rocas y sacó a la niña de las inclementes olas. Ana María yacía inerte sobre una roca como si estuviese muerta.

Por entonces, una multitud de más de cincuenta personas se había congregado en lo alto del acantilado. Animaban a Skye mientras este buscaba a la pomerana. Vitorearon cuando emergió con la perrita y la colocó en la piedra junto a Ana María, justo en el instante en que una lancha de salvamento aparecía rugiendo tras un saliente.

En apenas un momento, un socorrista fornido con la barba blanca subió a Ana María a bordo y trató de reanimarla con mantas calientes y un té dulce y reconfortante. Otro socorrista más joven subió a la lancha a Skye y a Britney, que no dejaba de temblar. Los envolvió también en mantas. La embarcación se alejó a toda velocidad, entre los vítores de los espectadores.

Cuando la multitud se dispersó, Brett Avery dijo con voz temblorosa:

–Ese husky... ¿de dónde ha salido? ¿De quién es? ¡Que alguien encuentre a su dueño y me lo traiga AHORA MISMO!

Laura se encogió detrás de Kay. Se imaginaba a su tío Calvin Redfern, que no era precisamente rico, arruinado por culpa de una demanda. Perderían

su hogar en el número 28 de Sea View Terrace y tendrían que irse de St Ives a un lugar más barato. Los servicios sociales intervendrían y se llevarían a Laura a Sylvan Meadows, el aburridísimo hogar infantil donde había pasado los primeros años de su vida.

–El husky es de esta señorita –dijo Kay con una sonrisa mientras empujaba a Laura hacia delante–. ¿A que ha estado fenomenal? Nadie lo hubiera imaginado. Solo demuestra que la realidad supera siempre a la ficción.

Laura tartamudeó:

–Siento mucho que Skye haya arruinado la escena y causado tantos estragos. Lo estaba sujetando, se lo prometo, pero es que tiene una fuerza increíble y cuando vio a Britney... Señor Avery, mi tío no tiene mucho dinero, así que no podemos pagarle. ¿Cree que podría compensarle fregando los platos en la caravana del cáterin o algo parecido?

–¿Pagarme? ¿*Pagarme*? Pequeña, ¡yo tendría que pagarte a ti! ¿Tienes idea del regalo que acabas de hacerle al estudio? –Lanzó una risa incrédula.– No tienes ni idea de lo que estoy diciendo, ¿verdad? Deja que te lo explique. –Hizo señales a un recadero.– Oye, Chad, hazme un favor; ve al cáterin y trae dos de los mejores batidos para nuestros amigos.

Minutos después, Laura y Tariq estaban sentados en sillas que en su tiempo habían ocupado algunas leyendas del cine y charlaban con sus nuevos amigos Kay Allbright y Brett Avery, uno de los directores más famosos de Hollywood. Daban sorbos a sus batidos de mango y coco mientras escuchaban cada vez más absortos el discurso de Brett. Resultaba que el cámara no había dejado de rodar cuando el director había gritado que cortara, así que había grabado toda la escena.

–¿Sabéis qué significa eso? –preguntó Brett–. Es oro cinematográfico. Oro puro. Con un buen montaje, podemos utilizar la secuencia entera en la película, como si Kay la hubiera escrito así en el guion.

Laura estaba desconcertada.

–¿Y qué pasa con Ana María? Se podría haber matado. ¿No le importará que esa grabación se proyecte en público?

Brett Avery se rio.

–Al contrario, estará encantada con la publicidad. Escucha con atención: se llevará un Óscar por esta actuación. –Puso la mano en el brazo de Laura y añadió:– Y ahí es donde entras tú, querida. Necesito a tu héroe canino en la película. Es obvio que no podríamos utilizar ninguna de estas escenas si cambiáramos de perro. Podríamos conseguir otro husky, pero es poco probable que encontremos uno con

tres patas. Además, este perro en concreto es justo lo que andaba buscando: un perro con personalidad, un perro que cautivará al público. Quiero comprarlo. ¿Por cuánto me lo venderías?

–No está en venta. No me separaría de Skye ni por todo el dinero del mundo.

Brett dijo suavemente:

–Por supuesto que no. Pero todavía no has oído mi oferta. Estoy dispuesto a pagar mil libras por él.

Laura hizo cuanto pudo por ocultar su sorpresa.

–No está en venta. Por ningún precio.

–Ah, una jovencita que sabe regatear. Cinco mil. Te daré cinco mil por él.

Laura pensó en su tío y en lo mucho que supondría para él tal suma de dinero, pero para ella Skye era igual de importante. La niña negó con la cabeza.

El director borró la sonrisa de su rostro.

–Es obvio que quieres a tu perro, y eso es genial, pero quizá deberías pensar en lo que significaría el dinero para los demás. Has mencionado que tu tío no tiene gran cosa. Estoy dispuesto a pagar diez mil libras por tu husky. Es mi última oferta. Podría cambiarle la vida a tu tío.

–Para Laura, Skye es tan importante como su tío –le informó Tariq–. Para ella es de la familia, y la familia no se vende.

Brett Avery perdió los nervios.

–No seas ridículo. Los animales no son tan valiosos como las personas. Pueden ser adorables, sí, pero no se puede comparar...

–¿Y qué os parece un préstamo? –interrumpió Kay apresuradamente–. Laura, ¿qué te parecería que nos prestaras a Skye durante un par de semanas para rodar en Rusia? El estudio os pagará a tu tío y a ti bastante bien y tendrías al perro de vuelta antes de que te des cuenta. Y cuando se estrene en los cines *El ladrón aristocrático* a finales de año, podrás presumir con tus amigos de que tienes un husky famoso.

Antes de que Laura pudiera contestar, el todoterreno de los socorristas apareció dando brincos por la cuesta. Ana María se bajó con aspecto pálido, frágil y furioso. Su precioso pelo rubio había quedado hecho un amasijo de mechones empapados y apelmazados.

–Hemos intentado convencerla para que vaya al hospital –le explicó el socorrista a Brett Avery–, pero ha insistido en que primero quería hablar con usted.

El director abrazó a la actriz, que estaba calada hasta los huesos, y después la llevó aparte y empezó a hablarle en voz baja para que nadie más pudiera oírle. Laura se preguntó si le estaría contando que el

cámara había grabado hasta el último detalle de su caída y que sin duda ganaría un premio de la Academia, porque de repente su rostro se iluminó. En un momento dado, se volvió y observó a Laura y Tariq.

Aquella situación había dejado a Laura tan paralizada que Skye, que se había bajado del vehículo del socorrista y corría hacia ella mojado y cubierto de arena, casi la tira al suelo. Laura se acuclilló. El perro le puso la pata izquierda en el hombro y le lamió la cara hasta que casi acabaron los dos igual de mojados.

–Tú –dijo Laura– eres un auténtico héroe. Eres el mejor perro, el más valiente de la tierra, y no me separaría de ti ni por todo el dinero de Hollywood.

–Cuidado, Laura –le advirtió Tariq–. Brett Avery viene hacia aquí. Seguro que intenta convencerte.

–Que lo intente. No va a conseguir nada.

Brett Avery era todo sonrisas. Se colocó las gafas en la nariz.

–Disculpadme, chicos. Tenía que ver a la estrella. Qué valiente. Está un poco magullada y sufre una ligera hipotermia, pero el espectáculo debe continuar y esas cosas. No hace falta decir que se ha enamorado de Skye. Y os alegrará saber que está totalmente de acuerdo con vosotros. No está dispuesta a que os quiten el perro, ni siquiera a modo de préstamo.

Laura estaba sorprendida.

–¿Ah, no? ¿Y qué pasa con la grabación del rescate? ¿Encontrarán otro perro de tres patas?

Brett Avery los acompañó de vuelta a las sillas y pidió unos helados.

–Sentaos, chicos, sentaos. ¿Podéis repetirme vuestros nombres? Laura Marlin y Tariq Ali, ¿verdad? Fabuloso. Chicos, no os lo vais a creer, pero, incluso en su estado traumático, Ana María ha advertido algo en lo que yo me tenía que haber fijado de inmediato... Y la verdad es que, de no haber sido por el accidente, lo habría hecho.

–¿De qué se trata? –preguntó Tariq, rechazando el helado. Su infancia como esclavo en una cantera de Bangladesh le había hecho desconfiar de las aduaciones de los adultos.

–Tenía que haberme dado cuenta de que sois unos chicos con un aspecto estupendo. Sois perfectos para mi película. Sois una pareja que llama la atención: Laura, con la piel de melocotón y el pelo rubio claro, y Tariq, con el pelo negro y la piel de caramelo. ¡Alucinante! Habéis nacido para ser actores.

»Necesitaríamos el permiso de vuestros tutores, claro, pero ¿qué os parecería protagonizar mi película junto con Skye? Mañana acabamos el rodaje aquí, pero nos vamos a San Petersburgo al final de la

semana. Os necesitaríamos para diez días de rodaje. Os pagaríamos bien, cubriríamos todos los gastos. Básicamente, pasaríais unas vacaciones gratuitas en una de las ciudades más bonitas del mundo. Y lo mejor de todo es que Skye estaría con vosotros. ¿Qué os parece?

Durante sus años en el orfanato, cuando parecía que iba a quedarse en una ciudad lúgubre y gris para siempre, Laura había soñado con una vida de emociones y aventura. Por encima de todo, ansiaba viajar y ver lugares exóticos, y pocos países resultaban más exóticos o misteriosos que Rusia. Miró rápidamente a Tariq. Aunque su amigo se esforzaba por ocultarlo, sus ojos brillaban de exaltación. Los orígenes de Tariq eran todavía más duros que los de ella, y también soñaba con ver el mundo.

Laura rodeó a Skye con un brazo.

—Tengo que pedirle permiso a mi tío, y Tariq tiene que hablar con sus padres de acogida, pero creo que nos lo podríamos plantear, señor Avery.

—Brett. Llámame Brett.

De camino a Sea View Terrace en compañía de Skye, Laura iba sobre una nube. Desde que tenía uso de razón, había soñado con ser detective de mayor. A diferencia de muchas chicas que conocía, nunca ha-

bía querido ser una actriz famosa. Ahora la ocasión había aterrizado inesperadamente en su regazo. En el camino de vuelta a casa pensó que ser actriz no habría sido su primera opción profesional, pero estaba bien tener donde elegir.